

Cuba en la política norteamericana: ideología y subversión (Notas para una interpretación)

Jorge Hernández Martínez

Doctor en Ciencias Históricas.
Sociólogo y politólogo.
Profesor Titular y Director
del Centro de Estudios Hemisféricos
y sobre Estados Unidos (CEHSEU)
de la Universidad de La Habana.

De los conflictos más conocidos y prolongados en el ámbito de las relaciones internacionales, el que ha tenido y aún tiene lugar entre Cuba y los Estados Unidos, durante la segunda mitad del siglo XX y el tiempo ya transcurrido en el XXI, es, quizás (junto al que sostienen el pueblo palestino e Israel), el que mayor atención ha recibido a través de la prensa, el discurso político y los estudios académicos a escala mundial.

El carácter histórico de ese conflicto no es siempre bien comprendido a partir de la secuencia que le define a lo largo del tiempo, cuyos orígenes están en el esquema expansionista defendido desde muy temprano por Estados Unidos. En ocasiones se pierde de vista el contexto, las razones y manifestaciones que determinan su desarrollo desde inicios del siglo XIX. Para muchos, el diferendo se asume a partir del contrapunteo entre los dos países a raíz de la intervención norteamericana en la guerra hispano-cubana en 1898 y de la relación neocolonial que se establece en la Isla unos pocos años después, perdurando durante casi seis décadas. Lo más extendido ha sido la caracterización del asunto en la etapa que se inicia con el triunfo insurreccional del Ejército Rebelde el primero de enero de 1959, mediante el despliegue de las trans-

formaciones radicales que impulsa la Revolución en el poder y el consiguiente choque de Cuba con los intereses gubernamentales de los Estados Unidos.

En rigor, lo que sucede desde entonces es que el conflicto adquiere una connotación diferente, cualitativamente nueva, luego de iniciado el proceso revolucionario. El telón de fondo, sin embargo, existía desde mucho antes, determinado por la antinomia dominación-soberanía, que colocaba a los dos países en posiciones tanto diferentes como contrapuestas. El proyecto de nación que deseaba Estados Unidos para la mayor de las Antillas se trocaba en torno a una relación de dependencia. Para Cuba, su propia visión del proyecto nacional se conformaba a partir de reclamos de soberanía.

Luego de cincuenta y siete años de confrontación, a lo largo de una trayectoria bastante conocida en la que Cuba ha sido objeto de los más variados métodos de agresión, se arriba al 17 de diciembre de 2014. En ello confluyen diversos factores, entre los que sobresale la firmeza de las posiciones de la Revolución Cubana junto a su capacidad de resistencia. La percepción estadounidense acerca del proceso de actualización del socialismo cubano, los problemas que enfrenta en su segundo mandato el presidente Obama, la intención de trascender históricamente con un legado que a la vez le permita al Partido Demócrata mantenerse en la Casa Blanca en 2016 y el cambio operado en la correlación de fuerzas en América Latina son factores que influyen en los aconte-

cimientos. Durante los tres primeros meses de 2015 se acumulan señales y pasos en lo que se dibuja como una nueva etapa en la relación bilateral. Al momento de redactar estas notas, han tenido lugar tres rondas de conversaciones. Ha terminado la tercera de ellas, a mediados de marzo, en La Habana, y también la VII Cumbre de las Américas, en Panamá, en abril del presente año. En este cónclave, el tema de Cuba y el proceso de diálogo que tiene lugar con los Estados Unidos atravesó acaloradamente los debates, con visibles efectos durante no pocas de sus sesiones, sobre todo en el foro paralelo referido a la sociedad civil y, en particular, en lo concerniente al tema de la gobernabilidad democrática y la participación ciudadana. Una vez más, se manifestó el estatus de la Organización de Estados Americanos (OEA) como «Ministerio de Colonias», calificativo ya usado hace décadas por el Canciller de la Dignidad, Raúl Roa.¹ Al propiciar acciones dirigidas a limitar el acceso de los verdaderos exponentes de la sociedad civil cubana, permitiendo en cambio la presencia de mercenarios, terroristas y supuestos líderes de la oposición contrarrevolucionaria (considerada a menudo por la prensa occidental como «disidencia») radicada en Miami o en la Isla, que desempeñaban sus roles como peones del gobierno norteamericano. Ello no impidió, sin embargo, que la voz de la Revolución se alzara a través de la presidencia y la cancillería cubana, reiterando con firmeza y respeto las posiciones basadas en los principios que le otorgan

¹ Raúl Roa en la Asamblea General de las Naciones Unidas en su sede de Nueva York, el 15 de Octubre de 1965. Véase: Raúl Roa: «Cuba ante la situación internacional», *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, 1966, p. 382.

legitimidad a su histórico quehacer. Ni que se enturbiara el proceso de conversaciones en curso entre los dos gobiernos.²

¿Se puede afirmar que la etapa que comienza, sobre la base de las declaraciones simultáneas de los presidentes de los dos países el mencionado día, que expresan las voluntades de ambos gobiernos por avanzar en el restablecimiento de las relaciones diplomáticas y, eventualmente, hacia la normalización de las mismas, significa el fin del conflicto? Aunque son muchas y diversas las preguntas válidas que podrían formularse con sentido responsable y objetividad desde el análisis político y la reflexión en el territorio de las ciencias sociales, el presente trabajo no pretende responder a la interrogante planteada. Lo que lo motiva es, desde luego, la coyuntura que desde el 17 de diciembre pasado proyecta su silueta hasta el presente, propiciando reflexiones e interrelaciones. Considerando que no pocos artículos y estudios recientes tienen como objeto cuestiones como las referidas y se detienen en el análisis del proceso en curso, las notas que siguen se limitan a exponer interpretaciones, apelando a la historia y la contemporaneidad.³

El presente análisis sostiene que el lugar ocupado por Cuba en la política norteamericana entre 1959 y 2015, desde la

presidencia republicana de Dwight Eisenhower hasta la segunda Administración demócrata de Barack Obama, lleva consigo una connotación triple, siendo objeto de 1-) apetencias estratégicas, 2-) intereses económicos y 3-) motivaciones simbólicas. Su entrelazamiento explica el predominio de ciertas políticas que hacia la Isla han aplicado los Estados Unidos en ese prolongado período, expresando más una permanente *raison d'Etat* (a partir de la condición de ese país como centro del imperialismo mundial, de lo cual se derivan objetivos invariables), que determinaciones asociadas a las Administraciones pasajeras, de turno (explicables por el estilo y voluntad subjetiva de cada presidente o del partido que representa, junto a la particularidad de cada circunstancia histórica).

Por tanto, el contenido y forma del conflicto pueden modificarse al calor de las actuales coyunturas histórico-políticas, pero su esencia (al menos dentro del corto y el mediano plazos) se mantendrá tanto como perdure la polarización inherente a los dos proyectos de nación que se conciben para la Isla hace dos siglos. Desde Cuba, el que se expresa en sus propios imperativos de independencia, y, desde los Estados Unidos, el que se materializa en las aspiraciones de dominación. Las precisiones que en sus alocuciones han formulado ambos presidentes, Raúl Castro

² A fin de precisar los detalles, consúltense la cobertura objetiva que sobre el evento ofrecieron diversos medios de prensa, digitales e impresos, durante los días en que se desarrollaron tanto la tercera ronda de conversaciones bilaterales como la Cumbre de las Américas, entre ellos *Granma* y *Cubadebate*. También son útiles, por ejemplo, los artículos publicados en las páginas web de *La Jornada* y de *América Latina en Movimiento*.

³ Por ejemplo, la revista *Temas* presentó en el pasado mes de febrero, en la última Feria Internacional del Libro de La Habana, una versión actualizada, en formato digital, con el título de *Play Ball*, del libro *Debating U.S.-Cuba Relations. Shall We Play Ball?* (Routledge, New York, 2011), coordinado por Jorge I. Domínguez, Rafael Hernández y Lorena Barbería. El texto reúne trabajos de autores de Cuba (como el propio Hernández, Carlos Alzugaray, Antonio Aja, Eduardo Perera, Milagros Martínez y Jorge M. Sánchez) y de otros países (como los nombrados Domínguez y Barbería, Susanne Gratius, Hal Klepak, Sheryl Lutjens, Peter Kornbluh y Archibald Ritter).

Ruz y Barack Obama, así como las posiciones expuestas en conferencias de prensa y en otras declaraciones por las funcionarias que han conducido los diálogos, Josefina Vidal y Roberta Jacobson, no dejan, en este sentido, lugar a las dudas.

A reserva del camino por el que pueda orientarse el despliegue del proceso en curso (en la medida que se mantiene en el territorio cubano de Guantánamo la base militar de los Estados Unidos, que sobrevive la Ley de Ajuste Cubano, que se mantiene la propaganda radial y televisiva contra la Revolución, el apoyo a la oposición interna organizada y el sistema de leyes, regulaciones y restricciones que conforman el bloqueo económico, junto a una proyección global que evoca los tiempos de la guerra fría, como en el caso de Venezuela), el tratamiento de Cuba dentro de la política norteamericana sigue marcado por la subversión. Ello es muy visible en el ámbito de la ideología, bajo las coordenadas de la pretendida *transición a la democracia* y el *cambio de régimen*.

Para alcanzar su propósito de atender a la historia y a la contemporaneidad como clave interpretativa, la exposición se organiza en tres partes. La primera examina de forma somera el carácter histórico del conflicto entre los dos países, fijando la secuencia de razones, condiciones y hechos que dibujan la espiral de la confrontación como una antinomia en-

tre revolución y subversión; la segunda y la tercera sintetizan los dos grandes ejes ideológico-conceptuales, ya mencionados, a partir de los cuales se troquela en la actualidad el proyecto subversivo de los Estados Unidos contra Cuba.⁴

La espiral de la confrontación

Cuando se mira a los antecedentes históricos que evidencian el temprano lugar de Cuba en la política norteamericana y la nueva dinámica que introduce el triunfo de la Revolución en 1959, resultan de gran utilidad, entre otras, las obras de Ángela Grau Imperatori, Pedro Pablo Rodríguez y Ana Julia Faya, que hacen importantes contribuciones al análisis.⁵

Buena parte de la narrativa académica que examina y trata de comprender el lugar histórico de Cuba en las percepciones que han florecido con posterioridad al triunfo revolucionario en la cultura política norteamericana, parte de una perspectiva que mira ante todo al gobierno, la prensa, al mundo de los negocios y a la opinión pública. En ella se focaliza el llamado *mainstream*, ese conjunto de representaciones o visiones inherentes a un universo de políticos, publicistas, empresarios, ejecutivos, profesionales, que incluye al llamado público atento. Así, se aprecia el tratamiento que recibe Cuba en discursos presidenciales, documentos gubernamentales, editoriales y artículos

⁴ Estas ideas retoman, actualizan y profundizan las expuestas en la ponencia del autor «Ideología, subversión y seguridad nacional: constantes y reacomodos en la política cubana de los Estados Unidos», presentada en el XII Taller Internacional «Cuba en la política norteamericana», auspiciado por el Centro de Investigaciones de Política Internacional (CIPI) y efectuado en el Instituto Superior de Relaciones Internacionales (ISRI) en diciembre de 2013.

⁵ Ángela Grau Imperatori: *El sueño irrealizado del tío Sam*, Editora Abril, La Habana, 1997; Pedro Pablo Rodríguez y Ana Julia Faya: *El despliegue de un conflicto: la política norteamericana hacia Cuba: 1959-1961*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996.

periodísticos, informes emitidos por instancias empresariales, instituciones académicas y grupos de expertos en estudios internacionales, plataformas partidistas, encuestas de opinión. Con frecuencia, el común denominador es la crítica, seria o frívola, la descalificación parcial o total del gobierno cubano, su presentación como peligro o amenaza a los intereses y la seguridad nacionales de los Estados Unidos.

La visión de Cuba en la cultura política norteamericana viene a ser una especie de constante en numerosas investigaciones, publicaciones e informes donde alternan miradas objetivas y rigurosas con simplificaciones y maniqueísmos, exponiendo una gran diversidad de enfoques, estereotipos, tergiversaciones, en los que se mezcla el abordaje desde la literatura y las ciencias sociales. Se le presenta como «el enemigo más cercano», *the closest of enemies*.⁶ Quizás sea esa la frase que mejor expresa la imagen prevaleciente en los estudios más comprometidos con la *raison d'Etat*, en medio de un mosaico de diferentes y hasta contrapuestas representaciones.

La Isla se ha valorado desde esa perspectiva a lo largo de los últimos sesenta años, bajo un prisma equivalente, salvando muchas distancias, al que enfocaba a Vietnam luego de la derrota norteamericana, o sea, con una amargura, frustración y anonadamiento pa-

recido al que invadió entonces a los círculos gubernamentales, las élites de poder, los medios de comunicación, sus ideólogos y a la población motivada ante los asuntos internacionales e informada por diversas vías. «La victoria tiene muchos padres; la derrota es huérfana».⁷ Esa frase, harto conocida, con la que el presidente John F. Kennedy asumiría responsabilidades ante su pueblo y el mundo con la invasión a Playa Girón, simboliza muy bien esos resentimientos y el persistente afán en una suerte de desquite.

Desde las ciencias sociales, el análisis historiográfico demuestra que lo que se expresó de forma sobresaliente y traumática en aquel momento era mucho más que lo que algunos interpretarían de manera simple, con esquematismo o reduccionismo. No se trataba solo ni esencialmente de un conflicto de amor-odio, estimulado por un caprichoso empecinamiento neocolonial e imperialista de los Estados Unidos, sino de imperativos geopolíticos y simbólicos que sostenían, como lo explica muy bien Louis Pérez Jr., la lógica de la dominación y justificaban el propósito restaurador del régimen de convivencia previo a la etapa que inicia la Revolución, acudiendo tanto al interés nacional como al deber moral de un país convencido de que para América Latina existía un destino mesiánico que debía manifestarse (primariamente) en el caso de Cuba.⁸

⁶ Wayne S. Smith: *The Closest of Enemies: A Personal and Diplomatic Account of U.S.-Cuban Relations Since 1957*, W. W. Norton & Co., New York, 1988.

⁷ Véase: John F. Kennedy: «The President's News Conference», *The American Presidency Project*, April 21, 1961, www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=8077. Online by Gerhard Peters and John T. Woolley.

⁸ Véanse los estudios de Louis A. Pérez Jr. al respecto: *Cuba in the American Imagination. Metaphor and the Imperial Ethos*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2008; *On Becoming Cuban: Identity, Nationality and Culture*, The University of Carolina Press, Chapel Hill, 1999; y *Cuba and the United States. Ties of Singular Intimacy*, The University of Georgia Press, Athens and London, 1990.

Según lo dejarían claro Ramiro Guerra y Emilio Roig de Leuchsenring, la trayectoria de las relaciones entre los dos países ha estado marcada por la hegemonía norteamericana que se va construyendo durante los siglos XIX y XX. Desde los intentos anexionistas, pasando por la intervención en la guerra del 98 y la ocupación militar, hasta el esquema de dominación neocolonial vigente por casi seis decenios, el conflicto hegemonía-soberanía proyectó su silueta hasta el triunfo revolucionario en 1959.⁹ Estudiosos actuales del tema en los dos países han tratado con amplitud y recurrencia el origen del llamado diferendo, su evolución histórica, las principales etapas por las que ha transitado y los contextos que lo envuelven hasta el presente. En estos empeños ha sido una constante el contrapunto ideológico. El estudio del conflicto bilateral ha conllevado, lógicamente, no pocas emotividades y posicionamientos políticos. Por ejemplo, los intentos y, en especial, las expectativas que se construyeron en ocasiones durante los gobiernos demócratas de James Carter y William Clinton terminaron con un incremento de tensiones bilaterales y con frustraciones para los estudiosos.

Como ya se indicó, una vez que despegaba la Revolución Cubana se manifiesta un profundo cambio cualitativo en la histórica relación entre los dos países. Si se examina la cronología con un sentido apenas panorámico, se percibe

palmariaamente la espiral de la confrontación y la gradual articulación de lo que será la agenda bilateral del conflicto a lo largo de medio siglo. Con un criterio selectivo y minimalista, ello puede ilustrarse con la trayectoria que se dibuja a partir de momentos y acontecimientos como los que siguen, identificados al detalle por Jean Franklin en una voluminosa y valiosa obra cronológica.¹⁰ Tener presentes tales hechos (sobre todo su impacto histórico) resulta imprescindible para comprender que ciertas huellas no pueden borrarse con giros diplomáticos ni en el corto ni en el mediano plazo:

- Durante el primer año de vida de la Revolución, el 21 de enero de 1959, dirigiéndose a una audiencia masiva y popular de unas 800 mil personas, Fidel dice en un discurso que los cubanos desean no solamente la libertad política, sino también la económica, condenando además la intromisión norteamericana en los asuntos internos de Cuba. En el período que entonces comienza, y hasta la toma de posesión como presidente del demócrata John F. Kennedy, en enero de 1961, es el republicano Dwight Eisenhower quien encabeza el ejecutivo en los Estados Unidos.
- El 11 de febrero, el periódico *The New York Times* reporta que el gobierno cubano ha anunciado la inmediata expulsión de la Isla de las misiones del Ejército, la Marina y la Fuerza

⁹ Ramiro Guerra: *La Expansión Territorial de los Estados Unidos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973; Emilio Roig de Leuchsenring: *Cuba no le debe su independencia a los Estados Unidos*, Editora Política, La Habana, 1996. También son muy útiles el libro de Philip S. Foner *Historia de Cuba y sus relaciones con Estados Unidos* (2 t., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973) y diversos trabajos de Francisca López Civeira.

¹⁰ Jean Franklin: *Cuba and the United States: A Chronological History*, Ocean Press, New York and Melbourne, 1997. Para consultar una edición actualizada en español, véase: *Cuba y Estados Unidos: Una historia cronológica*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2015.

Aérea estadounidenses, que habían entrenado al ejército batistiano.

- En un encuentro nacional con los trabajadores telefónicos, el 7 de marzo, Fidel denuncia como contrarrevolucionarios a quienes apoyados por los Estados Unidos, reciben armas y conspiran contra la Revolución Cubana.
- El 13 de noviembre, en una nota al gobierno norteamericano, el gobierno cubano declara que a Cuba es imposible asustarla; se afirma que Cuba «sabe de dónde viene, qué desea y adónde va»; se agrega que puesto que los Estados Unidos se niegan a vender armas a Cuba, el país adquirirá aviones y armas para su defensa en cualquier otro mercado disponible.
- Al año siguiente, el 4 de abril, el gobierno revolucionario pone en marcha planes de expropiación de las tierras poseídas por la United Fruit Company y ese mismo día, un avión despegó de la base naval militar estadounidense de Guantánamo y lanzó bombas incendiarias en la provincia de Oriente.
- El 17 de mayo, se crea por la CIA la emisora Radio Swan, que comienza a transmitir constantemente programación subversiva contra la Revolución Cubana desde la isla Swan.
- El 17 de septiembre, Cuba nacionaliza todos los bancos estadounidenses: First National Bank of Boston, First National City Bank of New York y Chase Manhattan.
- Fidel pronuncia el 26 de septiembre, ante la Asamblea General de la ONU, un discurso de cuatro horas y media. Dice que a Cuba la han calificado de

«peligro rojo» antes de que tuviera oportunidad de intercambiar mensajes con la Unión Soviética y que el conflicto entre Cuba y el mundo de los grandes negocios superaba lo que hubieran podido tolerar los representantes de los monopolios estadounidenses. Señala que la resolución de la OEA del 28 de agosto no condena a Estados Unidos por sus incursiones aéreas y otras agresiones contra Cuba, sino que, por el contrario, condena a la Unión Soviética, que no ha cometido ningún acto agresivo contra Cuba.

- El 28 de septiembre, al regresar a La Habana, Fidel pronuncia un discurso en un mitin multitudinario en la Plaza de la Revolución. Cuando cuatro bombas explotan durante su discurso, propone la creación de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), que se convertirán en uno de los pilares de la sociedad cubana.
- Al día siguiente, el gobierno de los Estados Unidos aconseja a sus ciudadanos residentes en Cuba que envíen sus familias de regreso al país.
- El 3 de enero de 1961, los Estados Unidos rompen las relaciones diplomáticas con Cuba y dejan a la Embajada suiza en La Habana como su representación diplomática y consular. Más tarde, la Embajada checoslovaca en Washington se encarga de cumplir el servicio análogo para Cuba.
- En su discurso del Estado de la Unión, el 30 de enero de ese mismo año, el presidente Kennedy habla de desarrollar una «Alianza para el Progreso» en América Latina. Al declarar que «agentes comunistas han establecido una base en Cuba», hace una clara defini-

ción política: «No objetamos, en el caso de Cuba, que el pueblo desee tener una vida mejor. Lo que objetamos es que lo dominen tiranías nacionales y extranjeras. Es preciso estimular una transformación social y económica de Cuba. Siempre es posible negociar sobre cuestiones de una política económica y de comercio. Pero sobre lo que no se puede negociar es un dominio comunista en este hemisferio».

- Comenzando 1962, el 3 de febrero, la Administración Kennedy anuncia un embargo total sobre el comercio con Cuba a partir del 7 de febrero. Así surgía formalmente el bloqueo, cuyo nacimiento estaba prefigurado desde 1960. El 19 de octubre de este año, el gobierno de Eisenhower había declarado una prohibición de exportaciones a Cuba (con excepción de alimentos y medicinas). Podría afirmarse que incluso su carácter extraterritorial estaba también anticipado desde entonces. El 22 del mismo mes y año, el gobierno de los Estados Unidos intentó prevenir que las exportaciones de ese país pudiesen llegar a Cuba a través de Canadá.
- El 26 de julio de 1964, luego de una intensa campaña internacional llevada a cabo por los Estados Unidos, bajo el gobierno demócrata de Lyndon B. Johnson, la OEA aprueba por una votación de 15 a 4 una terminación por mandato de todo tipo de relaciones comerciales y diplomáticas con Cuba, lo que implica su salida o expulsión de dicha institución. Así, a muy grandes trazos, se cierra un ciclo en la política de aislamiento y confrontación con que los Estados Uni-

dos pretenden un doble objetivo: derrocar a la Revolución Cubana e impedir procesos similares en América Latina. El argumento inicial: el carácter socialista de esa revolución, su orientación antidemocrática, su subordinación a la Unión Soviética e inserción en el sistema socialista mundial. Sobre esas bases, se consideraría que Cuba exportaba la revolución, cumpliendo una encomienda como satélite soviético.

De ese modo, desde la entrada en la década de 1960 y hasta finales de los años de 1980, el conflicto entre Cuba y los Estados Unidos estuvo catalogado en la política norteamericana como amenaza para la seguridad. Ello se explicaba por la política exterior cubana de compromiso activo en la arena internacional, incluyendo su apoyo a las luchas populares armadas de liberación en el Tercer Mundo, y su alianza con el entonces bloque soviético.

La transición a la democracia

En la racionalidad que más allá de las decisiones gubernamentales de una u otra Administración caracterizan la «política cubana» de los Estados Unidos y las sucesivas etapas del conflicto bilateral, es importante no perder de vista el papel desempeñado por las propuestas que desde los círculos intelectuales han nutrido los argumentos y las proyecciones norteamericanas. En este sentido, conviene retomar algunas consideraciones al respecto.

El incremento paulatino de los trabajos académicos sobre la Revolución Cubana tiene lugar en los primeros años de la década de 1960, como resultado de la

consolidación de la Revolución en ese período y del fracaso de las acciones de los Estados Unidos y de la contrarrevolución interna para destruirla. Tales trabajos comenzaron con frecuentes incursiones de autores independientes y sin investigaciones insertadas en programas de distintas universidades e instituciones. La quiebra de las predicciones sobre el colapso de la Revolución Cubana fue haciendo evidente la necesidad de que las instituciones con espacios para la investigación de los problemas del comunismo desde la perspectiva burguesa, incluyeran a Cuba como objeto de estudio específico. Los avances revolucionarios en Cuba obligaron a que los esfuerzos para estudiarla, incluidos los que habían surgido espontáneamente en los medios académicos, básicamente en Estados Unidos, adquirieran un mayor nivel de organización y sistematicidad, sobre la base de fondos provenientes de diversas fuentes. Hitos importantes en el auge de los estudios latinoamericanos, con énfasis en la Revolución Cubana, fueron la creación entre 1961 y 1965 de centros de estudios sobre la temática en distintas universidades norteamericanas.

Esta situación conduce a que hacia los años de 1970 los estudios sobre Cuba (identificados generalmente con el rótulo de *cubanología*) ya conforman en los Estados Unidos un determinado cuerpo o subsistema, dentro del sistema más amplio de los estudios latinoamericanos. En esa línea, se sistematizan y colectivizan las investigaciones, se estructuran centros universitarios especializados en el campo de la latinoamericanística y se formalizan las fuentes de financiamiento. A ello se suma el desa-

rollo del intercambio académico con la Isla.

Durante el decenio de 1990, como en periodos anteriores, los estudios sobre Cuba abarcan prácticamente todas las facetas de la sociedad, si bien los aspectos económicos y sociopolíticos internos concentran las mayores prioridades, distinguiéndose sobre todo aquellos referidos a la crisis y límites de la economía, al carácter supuestamente obsoleto del sistema político y la llamada inevitabilidad de cambios amparados en el liberalismo burgués y la democracia representativa. A la vez, tales estudios absolutizan la contraposición del nacionalismo al socialismo y enarbolan la supuesta defensa de los derechos civiles y políticos. Lo que estimula esta nueva etapa es el desplome del socialismo europeo y la desintegración de la Unión Soviética. De aquí que el énfasis que hasta entonces recibían temas como el de la política exterior cubana y su proyección internacionalista, ahora se colocara en la política interna.

Desde entonces, el tema recurrente será el de la transición democrática en Cuba. Los estudios académicos que al respecto se desarrollan en los Estados Unidos entre finales del siglo XX e inicios del XXI continúan marcados por el conflicto bilateral, lo que condiciona imágenes que guardan correspondencia con los estereotipos que la política oficial y oficiosa norteamericana hacia Cuba ha esgrimido constantemente, según el período histórico y presidencial de que se trate. Estas imágenes se construyen sobre puntos de vista como los que a continuación se exponen. En los mismos se distingue el propósito de contribuir de alguna manera a esbozar la denominada

«transición democrática hacia el capitalismo» en Cuba. El auge de los mismos se ubica en los años de 1990, extendiéndose durante más de dos décadas, prácticamente hasta nuestros días, la mayoría de sus premisas de partida, sus argumentaciones y recomendaciones.¹¹

Convendría precisar que si bien en algunos enfoques críticos se advierten planteamientos e interpretaciones que no dejan de reflejar fenómenos reales del complejo tejido estructural de la sociedad cubana, prevalece el enfoque esquemático, identificable con frecuencia con imperativos de la política de los Estados Unidos. Su denominador común ha tenido que ver con la interpretación del fracaso del socialismo cubano, con la crisis de la Revolución y con el diagnóstico de un escenario que hace viable la transición democrática hacia el capitalismo y el posible el cambio de régimen. Si bien muchas de tales ideas se fraguan en las décadas de 1990 y de 2000, mantienen en general bastante vigencia y aportaron legitimidad a la política norteamericana hacia Cuba durante el doble gobierno de W. Bush y lo hacen durante el de Obama. Cuando se les mira en su conjunto, las tesis y focos de tales estudios se pueden resumir en los

puntos que siguen. Debe quedar claro que aunque por su relevancia buena parte de los autores e instituciones que los auspician tienen nexos con estructuras gubernamentales y partidistas (tanto demócratas como republicanas), no deben considerarse con maniqueísmo, como si procedieran de simples marionetas, no obstante compartan expresiones que tienden a la descalificación ideológica de la Revolución (como al referirse, por ejemplo, a la «muerte» del proceso cubano y a la «represión» de los derechos humanos).¹²

- Las estructuras socialistas de la sociedad cubana se encuentran en una crisis integral que incluye ideología, instituciones, liderazgo, sistema social, economía, la moral y las relaciones exteriores, las cuales, cuando se consideran de modo acumulativo, totalizan una gran amenaza para el socialismo en Cuba. La Isla encara hoy todas las crisis generales que afrontaron los antiguos países socialistas en Europa oriental y la Unión Soviética, así como una serie de crisis adicionales que aquellos Estados no tuvieron y que provienen de su aislamiento internacional y de su cercanía y conflicto histórico con los Estados Unidos.

¹¹ Véanse las memorias de las reuniones anuales de la Association for the Study of the Cuban Economy (ASCE), publicadas en volúmenes anuales titulados *Cuba in Transition*, a partir de 1991; y los resultados del proyecto colectivo titulado *Transition in Cuba*, bajo el patrocinio del Cuban Research Institute, en la Universidad Internacional de la Florida (Florida International University [FIU]), encargado por la Oficina de Información e Investigación del Departamento de Estado y la Agencia Internacional para el Desarrollo en 1993, así como los informes institucionales de diversos grupos especiales de trabajo y de instituciones conocidas como *think tanks*, al estilo de la Rand Corporation, Heritage Foundation, American Enterprise Institute, Interamerican Dialog, Brooklyn Institution, Council On Foreign Relations, entre otras, que de modo sistemático han auspiciado y publicado estudios desde la última década del siglo XX y el decenio y medio transcurrido en el siglo XXI. En ellos se aprecian propuestas tanto conservadoras como liberales, en ocasiones cercanas al partido republicano o al demócrata. De modo generalmente explícito, es central en ellos el tema de la transición política en Cuba, junto a diagnósticos, pronósticos y recomendaciones para implementar o acelerar ese proceso.

¹² Además de las instituciones ya citadas que operan como *centros de pensamiento* o *tanques pensantes*, puede mencionarse a una serie de especialistas que se ubican en similares enfoques: Jorge I. Domínguez, Marifeli Pérez-Stable, Jorge Pérez-López, Damián Fernández, Howard Wiarda, Mark Falcoff, Gillian Gunn, Richard Feinberg, entre otros.

- Cuba debe iniciar cambios, por un lado, en sus formas de organización política interna, procurando la correspondencia con los deseos de sus ciudadanos y con la eficacia de una inserción internacional que salvaguarde los intereses de la nación; y, por otro, en sus formas de organización económica, con vistas a lograr congruencia con la necesidad de rescatar al país del deterioro paulatino e inexorable en que se encuentra.
- El proyecto revolucionario ha muerto como régimen político, manteniéndose viva la Revolución solo por su conexión a un sistema de respiración artificial compuesto por el nacionalismo y el voluntarismo cubano tradicionales.
- Las perspectivas de reequilibrio dentro de la lógica continuista de la Revolución no son viables; solo es posible el cambio con una ruptura de los esquemas existentes tanto en el orden económico como en el político. No hay reequilibrio sin cambio.
- El nacionalismo radical cubano, como discurso articulador de la práctica política e institucional de la Revolución, debe reajustarse a las características que presentan tanto la sociedad cubana como la situación internacional. Las prácticas políticas forjadas en la efervescencia de la revolución social cincuenta años atrás, son cada vez menos idóneas para gobernar a la Cuba de hoy.
- Es necesario repensar el nacionalismo cubano y la cuestión de la igualdad. La plataforma ideológica de las pasadas décadas no servirá para las venideras. Es necesario y fructífero pensar en la transición a la economía de mercado en Cuba.
- El Gobierno cubano continúa la represión de los derechos civiles y políticos de la población a través de mecanismos directos e indirectos, extendiéndose estos últimos de manera estructural a todas las esferas de la vida cotidiana: la política, la religiosa y la económica, que entrañan un profundo sentido discriminatorio a toda la población, acentuado en el ámbito racial.
- El colapso inmediato de la Revolución es poco probable. El llamado proceso de actualización del modelo económico cubano pudiera conllevar un ajuste del sistema político sin cambios abruptos de liderazgo. Es posible y necesaria, por tanto, la transición pacífica hacia la democracia.
- La política norteamericana hacia Cuba descansa en la premisa de que la actual situación cubana es insostenible en el largo plazo. La tarea, entonces, es cómo acelerar los inevitables cambios a un costo aceptable para dicha política.
- La política de los Estados Unidos hacia Cuba debe basarse en una estrategia de «comunicación» y superar las opciones de «apretar» y «desatender», ya que probablemente es la alternativa de mayor efectividad para la democratización dentro de Cuba, mientras se protegen los intereses de los Estados Unidos a largo plazo. Con ella, el gobierno norteamericano podría alentar el diálogo entre Cuba y la comunidad de exiliados cubanos, así como incrementar la presión por los derechos humanos y favorecer el desarrollo de la oposición interna.

- En Cuba existe una sociedad civil real, independiente del Estado, que acrecienta su voz propia y se expresa a través de todo el tejido social, perdiendo espacio las instancias subordinadas al Partido y el gobierno. La transición a la democracia está siendo estimulada o viabilizada por la apertura del trabajo por cuenta propia y en general, por las medidas de flexibilización interna adoptadas en los últimos años, luego del Congreso del PCC.

Como puede apreciarse, el tema de la transición se ha ido posicionando como objeto de la mayor parte de los estudios realizados sobre procesos específicos vinculados al funcionamiento y significado de las principales estructuras políticas de la sociedad cubana actual, poniendo de relieve sus presuntas implicaciones sociales e ideológicas adversas a la viabilidad del proyecto revolucionario y socialista. En ello convergen esfuerzos de autores individuales y de equipos que operan dentro de los llamados «tanques pensantes», vinculados a la política exterior norteamericana.¹³

La principal confluencia de la mayor parte de tales estudios se resume en la consideración de Cuba como una sociedad en transición, ante la cual se requiere una política flexible que le permita a los Estados Unidos crear las condiciones al interior de la Isla para que los cambios se dirijan por el rumbo deseado. Esto se pretende alcanzar, en esencia, mediante una estrategia de «comunicación», contacto y acercamientos, que postula el fortalecimiento de los vínculos entre la sociedad

cubana y la norteamericana, como vía para condicionar y acelerar la citada transición. En el lenguaje gubernamental norteamericano, esta variante fue la asumida, por ejemplo, a través del llamado *carril dos* de la ley Torricelli.

El cambio de régimen

Desde finales de la década de 1990 (una vez desaparecido el socialismo en Europa del Este y la Unión Soviética), la política norteamericana consideraría su prolongada disputa con Cuba como resultado de la falta de democracia en este país. La Administración demócrata de Clinton dejó bien claro que su política (incluyendo cualquier gradual normalización de las relaciones) estaría basada en la democratización en Cuba. Luego, el gobierno republicano de George W. Bush, durante sus dos periodos, asumiría con mucho mayor dogmatismo y centralidad la urgencia de producir la llamada transición a la democracia en Cuba. Con posterioridad, la primera Administración demócrata de Obama (si bien con un suavizamiento o cambio de tono en su discurso) mantendría inalterable ese enfoque, a pesar de las expectativas acerca del cambio que, desde su campaña presidencial en 2008 y a lo largo de sus primeros años en la Casa Blanca, levantaron sus promesas y ambivalencias.

Ese reajuste político refleja un reacomodo en la política exterior norteamericana. El cambio ha sido descrito como un giro hacia la *promoción de la democracia*.¹⁴ Desde finales del siglo XX, el Ejecutivo (principalmente la presidencia y el Departamento

de Estado) define la transición hacia la democracia como uno de los tres objetivos básicos de la política exterior norteamericana, siendo los otros dos, como es conocido, la promoción de *mercados libres* y el *mantenimiento de la capacidad militar* de los Estados Unidos a escala mundial.

Dejando a un lado detalles y estilos, podría afirmarse que esas definiciones mantienen su vigencia desde el doble gobierno de Clinton, pasando por el denominado Plan Bush, hasta el inicio de la segunda Administración Obama.

La declarada posición estadounidense de que la disputa gira alrededor de la democracia es el marco en el que, sobre la base del denominado Proyecto Democracia, que se configura en el decenio de 1990 a través de instituciones como la National Endowment for Democracy (NED) y la Agencia Internacional para el Desarrollo (USAID), se establece un nuevo soporte ideológico en el despliegue de la subversión contra Cuba. La idea de la transición a la democracia se complementa y completa con la concepción sobre el *cambio de régimen*. Esta última va emergiendo de forma gradual pero creciente en el lenguaje político, pasando de lo que algunos interpretaron al inicio como una retórica amorfa, para en corto tiempo manifestarse como discurso articulado y coherente.

En rigor, desde 1959, el objetivo norteamericano en Cuba (independiente-

mente de las preocupaciones, reales o percibidas ante el tema de la seguridad), ha sido y aún sigue siendo recuperar su dominio histórico sobre el país y neutralizar la amenaza que Cuba representaba, dadas las prácticas de su política exterior y su ejemplo revolucionario. Este objetivo no ha cambiado bajo las Administraciones Reagan, Bush padre, Clinton, W. Bush y Obama, aun cuando en este último caso, el 17 de diciembre de 2014 establezca un nuevo punto de referencia en los términos planteados al inicio de este trabajo en cuanto a la interrogante sobre la finalización del histórico conflicto.

La hipótesis o suposición que pareciera prevalecer en el actual gobierno norteamericano (o al menos, en determinados sectores) es que la Revolución Cubana puede ser y será socavada a mediano plazo, y que ahora existen mejores oportunidades que nunca para reimponer su dominio histórico sobre el país. Solo que ahora el nuevo foco de la política implica un cierto distanciamiento de la desestabilización agresiva desde afuera, pudiendo inferirse incluso que podría disminuir la prioridad otorgada al apoyo abierto a la oposición interna. El énfasis de la acción subversiva recae ahora con mayor refinamiento en la sociedad civil cubana, pasando a un segundo plano la confrontación directa con el Estado cubano. Las palabras

¹³ En diversos trabajos, el autor ha tratado estas cuestiones. Véase por ejemplo: «Miradas desde afuera: política y estudios sobre Cuba en los Estados Unidos», *Temas*, no. 2, La Habana, 1995, pp. 49-57; «Los Estados Unidos después de Bush: La política hacia Cuba entre la continuidad y el cambio», *América Latina en Movimiento*, no. 438-439, ALAI, Quito, noviembre de 2008, pp. 41-44; «Os EUA e Cuba: mudanças, permanências e significados para a geopolítica hemisférica», *Política Externa*, vol. 18, no. 2, Instituto de Estudos Economicos e Internacionais (IEEI), São Paulo, Set.-Out.-Nov., 2009, pp. 145-153; «Déjà Vu: Cuba en la política norteamericana y el Gran Caribe», *Pensamiento Propio*, no. 32, Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES), Buenos Aires, 2010, pp. 41-71; «Estados Unidos-Cuba en el espejo retrovisor», *Pensamiento Propio*, no. 34, 2011, pp. 109-123.

utilizadas ahora, como eufemismo que disfraza o adorna la meta de lograr la transición democrática, son las de *empoderar a la sociedad civil cubana*.

Los formuladores de la política norteamericana reconocen que una debilidad estratégica de su política durante los últimos 57 años ha sido el énfasis en la desestabilización de línea dura desde el exterior, sin estar en capacidad de establecer y estabilizar una alternativa realmente viable ante la Revolución. Ahora se trata de trascender el imperativo de la *transición democrática*. Para ello hay que producir el *cambio de régimen*. En este sentido, como escribiera William Robinson, el gobierno estadounidense está aprendiendo lo que los revolucionarios siempre supieron: para derrocar un régimen e instalar un nuevo sistema, deben cumplirse dos requisitos: primero, el régimen existente y su sistema deben estar en crisis (esta es la situación que suponen existe en Cuba); segundo, debe existir una alternativa viable, lista para montar un nuevo sistema y hacerse cargo de él (este pareciera ser el propósito actual norteamericano).¹⁵ Desde esta perspectiva, el proyecto vigente le confiere un rol estratégico a la subversión en la esfera de la ideología.

Según se planteaba al inicio del trabajo, el lugar que ocupa Cuba en la

política norteamericana a partir del triunfo de la Revolución responde más a una permanente o sostenida *raison d'Etat* que a propósitos pasajeros, de las Administraciones de turno, sin ignorar los sellos que le impongan el liderazgo personal de cada presidente, el enfoque ideológico (liberal o conservador) y la plataforma partidista (demócrata o republicana). Tampoco se desconoce el condicionamiento de uno u otro contexto, lo cual aporta matices y ajustes en el tratamiento que se asigna a la Isla. Pero en el fondo, los tres objetivos que se mencionaron (estratégicos, económicos y simbólicos), se han venido expresando con pesos específicos diferentes y en combinaciones distintas en cada etapa, influyendo en ello con una gravitación relevante la situación doméstica en Cuba y en los Estados Unidos.

Lo expuesto no significa que el proceso que se despliega en la actualidad esté destinado, de antemano, a repetir las variantes que le han caracterizado hasta la fecha. La pregunta que se formulaba al inicio solo podrá responderse a la luz de la propia marcha de los acontecimientos. ¿Conducirá el deshielo hacia el fin del conflicto? Hasta el momento, se espera efectuar la apertura de Embajadas y de avanzar en el análisis sobre la persistencia del bloqueo.

¹⁴ Véase: William I. Robinson: *La Promoción de la Anti-Democracia: Proyecto de la Élite Transnacional*, Ponencia en la Conferencia Internacional «Revolución e Intervención en América Latina», auspiciada por Telesur, la revista *Patria Grande* y el Ministerio de Comunicaciones e Información (MINCI), Caracas, 14-15 Noviembre, 2008.

¹⁵ Véase: William I. Robinson: ob. cit. También pueden consultarse los propios puntos de vista del autor sobre la etapa de las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba iniciada el 17 de diciembre de 2014, que aparecen en el blog «Catalejo», de la revista *Temas*, como parte de un dossier con respuestas a preguntas al respecto, y en una entrevista concedida a la periodista Vladia Rubia en el sitio web *CubaSí*. Véase: cubasi.cu/cubasi-noticias-cuba-mundo-ultima-hora/item/37132-cuba-eeuu-la-piedra-en-el-zapato.